ANTONIO MACHADO EN BAEZA

Participar hoy en este homenaje de Baeza a Machado, a más de treinta años de haberse suspendido el que con tanto entusiasmo preparamos para el veinte de febrero de 1966, constituye para mí una gran satisfacción.

Un homenaje, un recuerdo a Machado me parece siempre oportuno y legítimo. Machado fue hombre de su tiempo, pero también lo es de hoy y de mañana. En su tiempo y para su tiempo Machado habló. Hoy nos queda su palabra, su «palabra en el tiempo», nuestra y para todos en la marcha inevitable, mirando hacia atrás y hacia adelante.

Figura destacada en la vida cultural española de la primera mitad de nuestro siglo, vivió en el difícil y largo tránsito hacia la modernidad, complejo y duro, como hoy es bien sabido. Apropiándonos de una frase de su maestro y amigo Miguel de Unamuno, Machado fue «nada menos que todo un hombre». Para buen número de poetas e intelectuales de su tiempo, Machado fue el mayor de los poetas españoles de nuestro siglo.

En todo caso, y sin necesidad de recurrir a cualquier tipo de jerarquías, Machado sigue siendo una personalidad histórica por su creatividad poética y al mismo tiempo por su pensamiento y análisis social y filosófico, ejemplo de poesía cívica, a la vez que ética y estética, como también se ha dicho. En el largo túnel de la dictadura, tras la guerra civil, Machado fue uno de los grandes símbolos de la unión, indispensable para reconquista de la libertad.

El homenaje de Colliure en 1959, con motivo del vigésimo aniversario de su fallecimiento, fue un importante acto de unidad entre la España abierta del interior y la del exilio. Allí estábamos representantes de su tierra andaluza, de su

Castilla apasionadamente vivida por él y de la Catalunya de sus numerosos amigos, como símbolo de la unión en la diversidad. En el cartel realizado especialmente en aquél acto por Picasso, del que conservo un ejemplar, bajo una corona de laurel, aparecen los versos esperanzadores del poeta:

Aún larga Patria espera
abrir el corvo arado a sus besanas.
Para el grano de Dios hay sementera
bajo cardos, abrojos y bardanas.

Años más tarde, en 1966, cuando se han dado ya muchos pasos importantes hacia la modernidad política, se intenta celebrar el homenaje de Baeza, en el que formo parte como miembro de la Comisión de Honor. Al mismo tiempo. en Barcelona, a través de la Comisión de Cultura del Colegio de Arquitectos. que por entonces dirijo, se presenta el original de Joan Miró del cartel para el homenaje de Baeza, y el busto de Machado, realizado por Pablo Serrano con el mismo objeto. En el acto celebrado sin dificultades y con gran éxito, se puso de relieve, entre otras cosas, el paralelismo de la poética magistral de Machado y la del poeta catalán Salvador Espriu, señalando ambos en su obra, de manera clara y rotunda, hechos y situaciones anacrónicas de nuestra vida social, con un anhelo rotundo de superación. También hubo la evocación de otro poeta catalán, en cierto modo machadiano, Pere Quart, en su lengua propia con citas en castellano de nuestro poeta andaluz, en el que se dice:

Melangiós oracle de Castella,
obstinat solitari de Colliure
(«¡oh soledad, mi sola Compañía!»)
encara en somnis terra meva;
Antonio, si tornessis gustaries
«a amargura del tiempo envenenado».

Breve texto que seguidamente traduzco en su totalidad:

Melancólico oráculo de Castilla,
obstinado solitario de Colliure

(¡oh, soledad, mi sola compañía!)
aún en sueños tierra mía;
Antonio, si volvieras buscarías
la amargura del tiempo envenenado.

Con motivo de aquel acto de homenaje a Machado en Catalunya publiqué un libro titulado «Antonio Machado en Baeza», que fue presentado en distintos lugares de España e incluso en el extranjero (en la Sorbona de París), lo que determinó que la edición se agotara rápidamente.

Mis recuerdos machadianos datan de mi adolescencia. Durante su estancia en Baeza como profesor de lengua francesa en el Instituto de Segunda Enseñanza –de 1912 a 1919– Machado visitó en dos ocasiones Quesada, mi pueblo natal, y la Sierra de Cazorla. Cumplidos mis diez años de edad, en 1926, aprobé el examen de ingreso de Bachillerato en este instituto, único en aquella época junto al de la capital de la provincia, y el maestro nacional que me había preparado para aquel importante paso, me habló del profesor y escritor que había estado recientemente en nuestro pueblo. Años más tarde, al comienzo de nuestra guerra civil, llegó a mis manos y me acompaña desde entonces, el libro del poeta, «Juan de Mairena» –su «alter ego»–, pleno de ideas filosóficas expresadas de un modo especialmente agudo y simpático.

«La verdad es la verdad, dígala Agamenón o su porquero», comienza diciendo Juan de Mairena, a lo que Agamenón contesta: «Conforme», y el porquero dice: «No me convence». La parábola no puede ser más sustanciosa ni más inquietante, en lo que puede tener de proyección político-social.

En otro aspecto, Juan de Mairena le dice a un alumno en su clase de Retórica y Poética: Salga usted a la pizarra y escriba: «Los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa». Y añade: Vaya usted poniendo eso en lenguaje poético. El alumno, después de meditar, escribe lo siguiente: «Lo que pasa en la clase». A lo que Mairena contesta: No está mal.

Otro texto machadiano parte de una cita de Nietzsche, en la que se afirma: «Las firmes convicciones son enemigos más peligrosos de la verdad que las mismas mentiras». A lo que Juan de Mairena responde: «He aquí una de las posiciones más escépticas que conozco. Confieso mi simpatía hacia ella».

Y concluyo mis citas de Juan de Mairena con la siguiente: «En una República cristiana democrática y liberal, dice, conviene otorgar al Demonio carta de naturaleza y ciudadanía, obligarle a vivir dentro de la ley, prescribirle deberes a cambio de concederle sus derechos, sobre todo el específicamente demoniaco: el derecho a la emisión del pensamiento. Que como tal Demonio nos hable que ponga cátedra, señores. No os asustéis. El Demonio, a última hora no tiene razón; pero tiene razones. Hay que escucharlas todas».

El pensamiento machadiano aquí no sólo me parece de gran actualidad en relación con muchos de nuestros problemas de hoy, sino muy en consonancia con los más modernos principios científico-filosóficos de la incertidumbre y de la contradicción eficiente.

Esta identificación mía con el pensador Machado y con el poeta Machado me llevó bien pronto a un diálogo frecuente con su obra, que en aquellos años sesenta concreté en el libro de once capítulos sobre otras tantas cuestiones.

No sin previas vacilaciones me valgo de un método en el que forzosamente me beneficio: su voz literal, fundida en el texto con la mía, intercambiada en la más completa intimidad. Sólo al final, cuando me enfrento con su ausencia, mi voz se produce en solitario. Pero aún aquí, el paseo con Antonio Machado, con su recuerdo vivo, continúa. Bien pronto, y de modo menos amable por su parte, Guillermo Díaz Plaja («ABC», 5 septiembre 1968) analiza la fórmula, entre otras cosas, del siguiente modo.

«Cesáreo Rodríguez-Aguilera parte de una vivencia física del contorno machadiano en este período –que yo gocé también en 1966, como premisa necesaria a mi entendimiento de la cuestión– y que se traduce en una serie de estampas en prosa lírica, apoyadas en entrañables recuerdos de la infancia de su autor. elementos que se conjugan en una escritura culturalista y poética a la vez, que consiste en refundir fragmentos del pensamiento machadiano a la propia divagación emotiva, apoyando en uno y otro zanco una andadura de indudable encanto lírico y mental. El mejor elogio consistirá en afirmar que no hay solución de continuidad entre la tensión lírica y el mensaje correlativo de uno y otro».

CESÁREO RODRÍGUEZ-AGUILERA
(*El Instituto de Baeza a Antonio Machado,* Baeza.
Instituto de Bachillerato «Santísima Trinidad», 1997, pp. 161-165)